

VICENTE TORRIJOS

CRISIS, PAZ Y CONFLICTOS





UR

CRISIS, PAZ Y CONFLICTOS

VICENTE TORRIJOS R.



Facultades de Ciencia Política y Gobierno
y de Relaciones Internacionales

© 2009 Editorial Universidad del Rosario

© 2009 Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,
Facultades de Ciencia Política y Gobierno y de Relaciones Internacionales

© 2009 Vicente Torrijos R.

© 2009 Louis Kriesberg, por el prefacio

ISBN: 978-958-738-060-6

Primera edición: Bogotá, D.C., diciembre de 2009

Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario

Diagramación: Margoth C. de Olivos

Diseño de cubierta: Antonio Alarcón

Impresión:

Editorial Universidad del Rosario

Carrera 7 N° 13-41 oficina 501 Teléfono 297 02 00, ext. 7724 • Bogotá D.C.

Correo electrónico: editorial@urosario.edu.co

Todos los derechos reservados.

Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso
previo escrito de la Editorial Universidad del Rosario.

Torrijos R. Vicente
Crisis, paz y conflictos / Vicente Torrijos R.—Facultades de Ciencia Política y Gobierno
y de Relaciones Internacionales.
Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2009.
238 p.

ISBN: 978-958-738-060-6

Paz – Colombia / Conflicto armado – Colombia / Guerrillas – Colombia / Violencia – Colombia / I.
Título.

303.66861 SCDD 20

Impreso y hecho en Colombia

Printed and made in Colombia

Contenido

Prefacio	9
LOUIS KRIESBERG	
Presentación: crisis permanente y conflictos inconclusos.....	13
Las máscaras del terror.....	16
El experimento estratégico.....	25
El espectro social de la paz: Apuntes sobre la construcción de una base socioeconómica de paz en Colombia	30
El puente entre la teoría y la práctica del trabajo por la paz.....	49
La lógica del despeje: prolegómenos al proceso de distensión y diálogo en cinco municipios de Meta y Caquetá	53
Cooperación, intervención y redemocratización en Colombia	75

Diplomacia de defensa e interés colectivo. El peso de la dinámica internacional en el conflicto armado en Colombia.....	85
Carta de navegación. Evaluación y perspectivas político-estratégicas del conflicto armado en Colombia.....	97
Teoría y práctica de la fertilidad revolucionaria: ¿qué tan lejos o tan cerca están las FARC de tomarse el poder en Colombia?	155
El poder y la fuerza. En la unidad político-militar está la verdadera capacidad estratégica de la organización armada	173
Apetito de paz en Colombia. El intercambio humanitario como pieza clave de la dinámica del conflicto en Colombia, un año después de haberse roto el proceso de paz.....	187
Convivencia crítica y conflicto permanente en Colombia	201
¿Tiene Colombia una amenaza?.....	214
FARC: La frustración asimétrica	223
El autor	235

Prefacio*

Louis Kriesberg**

Desde el inicio de la década de 1990, la incidencia de las guerras tanto civiles como internacionales ha decrecido. Debido a muchas acciones, la violencia a gran escala ha disminuido globalmente, pero algunas formas de violencia en ciertas áreas permanecen intactas. La razón por la cual asistimos a esta disminución a escala global, más allá de algunos países y regiones, requiere de ciertas reflexiones y análisis particulares. Dicho trabajo puede requerir de unos parámetros útiles.

Los descensos globales se explican por la convergencia de un sin número de tendencias y desarrollos mundiales. Ciertamente, se le puede atribuir, al menos en parte, al fin de la Guerra Fría que creó las condiciones para que se generaran y se mantuvieran conflictos violentos en muchas regiones del mundo. El gobierno estadounidense y el soviético contribuyeron, cada uno por su parte, a varias confrontaciones y guerras en diversas áreas geográficas. Adicionalmente, su antagonismo durante ese periodo de la Guerra Fría obstaculizó el funcionamiento de las Naciones Unidas así como de otras organizaciones internacionales gubernamentales y no gubernamentales. En consecuencia, al ponérsele fin a la confrontación bipolar, las actividades de mediación y mantenimiento de paz de la Organización se incrementaron notablemente.

* Traducción de Olga Lucía Cabrera Rentería.

** Ph.D. University of Chicago, 1953, es Profesor Emérito de Sociología, Profesor Emérito Maxwell de estudios sobre conflictos sociales y director fundador del Programa de Análisis y Resolución de Conflictos (1986-1994), en Syracuse University. Es autor de libros como *Constructive Conflicts* (2007) e *International Conflict Resolution* (1992), y coautor de *Timing the De-Escalation of International Conflicts* (1991), *Intractable Conflicts and Their Transformation* (1989), y más recientemente, *Conflict Transformation and Peacebuilding: Moving from Violence to Sustainable Peace* (2009).

En sus diversas dimensiones, la globalización también ha contribuido a prevenir y controlar los conflictos a gran escala. La creciente integración económica, que se manifiesta en la expansión del comercio internacional, en la inversión extranjera, y en la movilidad laboral, provee incentivos que desvían o evitan alteraciones civiles o las detienen cuando ya se han desatado. Por ende, los ciudadanos del mundo están más integrados social, cultural y políticamente.

Esto se hace evidente gracias a la creciente intensidad de la comunicación entre las personas en todo el mundo, al incremento de la difusión y contacto de valores y normas, y a la expansión de organizaciones transnacionales gubernamentales y no gubernamentales. En consecuencia, los vínculos entre personas de diferentes Estados se han fortalecido, lo que les confiere más y más razones para evitar las guerras interestatales e incrementa su disposición a ponerles fin en caso de que ocurran.

Obviamente, esta no es una imagen completa del mundo contemporáneo. Muchas tendencias y desarrollos globales son también fuente de conflictos y en algunos casos han acentuado la destrucción.

De tal modo, la difusión de muchas ideas y prácticas contemporáneas resultan ofensivas para los tradicionalistas, es decir, aquellos que creen que las nuevas ideas y prácticas están erradas y que, además, amenazan su fe y su status, engendrando conflictos violentos a través y al interior de las fronteras interestatales.

Como si fuera poco, la creciente integración global permite a las organizaciones no estatales operar más efectivamente y generar, en algunos casos, una violencia devastadora, tal como lo indican los conflictos ligados al comercio de drogas ilegales y a los grupos terroristas.

Por supuesto, no todos estos factores estructurales se refuerzan entre sí, ni se limitan a un solo curso de acción; están ligados en un tiempo y un espacio determinado, reforzándose, complementándose y contradiciéndose entre sí.

Esta complejidad les permite a ciertos grupos, o personas en particular, afectar la trayectoria de algunos conflictos. Así, en algunas regiones del mundo, la manifestación de un conjunto particular de tendencias y desarrollos, genera conflictos violentos.

Los gobiernos locales y los actores no gubernamentales pueden utilizar algunas facetas de la globalización para fortalecer sus intereses y dar inicio

a fuertes oleadas de violencia. Los cambios globales arrojan como resultado nuevos ganadores, pero también nuevos perdedores en áreas diversas, lo que resulta particularmente preocupante en sociedades con un sistema político poco adaptativo, o que funciona de manera deficiente.

En tal sentido, se les podría brindar particular atención a las nuevas formas de pensar y de actuar que contribuyen a evitar los conflictos destructivos y que, por el contrario, procuran y fomentan alternativas constructivas. Estas nuevas ideas y prácticas emanan de las tendencias mencionadas anteriormente y tienden a consolidarlas.

Tal es el caso del rol expansivo de los movimientos sociales transnacionales en áreas de construcción de la paz y la resolución de conflictos. La búsqueda y experiencia relacionada con este trabajo, así como el esfuerzo diplomático e innovador de las Naciones Unidas y otros actores internacionales gubernamentales, se están adaptando a las nuevas condiciones globales.

De hecho, el amplio rango de maneras de iniciar un conflicto constructivo es especialmente notable. Dichas opciones se basan en la experiencia y la investigación acerca de prácticas no violentas de coerción, incluidos boicoteos, huelgas, y otras formas particulares de resistencia. Adicionalmente, existen incentivos no coercitivos, usados como métodos alternativos o complementarios a la lucha, que están siendo empleados cada vez más en las estrategias de conflicto. Dichos incentivos no coercitivos abarcan sanciones positivas, que incluyen beneficios futuros, y persuasión, o implica pretensiones basadas en identidades y valores compartidos. Estos métodos no coercitivos se enmarcan en lo que se conoce como “soft power”, o “poder blando”.

En las décadas recientes se le ha prestado atención considerable a la recuperación posterior a los conflictos violentos orientada a garantizar una paz sostenible y equitativa. Nuevamente, los análisis y la práctica se han extendido hacia construcciones institucionales apropiadas, logrando compromisos en diferentes niveles entre las partes involucradas en los conflictos, así como procesos de reconciliación.

La conjunción de muchos procesos y factores diferentes, con diversas personas y grupos que pueden actuar en un tiempo y espacio dados, es la fuente de conductas de auto-derrota imprevista, pero también de transformaciones creativas y mutuamente benéficas.

Durante los años de la administración de George W. Bush muchas metas y políticas fueron consideradas como inapropiadas para el mundo contemporáneo. Algunos aspectos relacionados con las nuevas condiciones y maneras de pensar fueron desconocidos o rechazados y por consiguiente proliferaron las anomalías. La administración de Barack Obama parece tener mucho más control de las nacientes realidades y mayor conocimiento a la hora de aplicar los nuevos conocimientos para conducir y transformar los conflictos, haciendo que su manejo obedezca a enfoques ciertamente más constructivos.

Los textos que conforman este volumen iluminan muchas conexiones entre el desarrollo local y el global y su manera de afectar algunos conflictos específicos. Además, Vicente Torrijos le otorga particular atención al complejo conflicto dominante en Colombia, con sus características especiales, su geografía, su demografía y su cultura particular.

Cuidadosamente, él examina las tendencias mundiales y cómo este conflicto se relaciona con una seguridad internacional extremadamente desafiante que opera en contextos cambiantes. En esta labor, Torrijos traza ciertos lineamientos acerca de las vías, mecanismos y fórmulas para entender, abordar y hasta emprender conflictos de manera constructiva ... en vez de hacerlo de manera destructiva.

Presentación:

crisis permanente y conflictos inconclusos

Cuando a principios de los años 90 sostuve una serie de encuentros con la gente de la Universidad de las Naciones Unidas, el Instituto para la Paz de los Estados Unidos, la Academia Internacional de Paz, y el Centro Gernika Gogoratuz, para crear el primer programa de postgrado sobre conflictos en Colombia, hablábamos de la resolución, la transformación de los conflictos y la sostenibilidad de los acuerdos en el marco del ideal de paz perdurable.

Más adelante, con mis maestros Johan Galtung y Louis Kriesberg, comenzamos a explorar el universo fascinante de la reconstrucción y la reconciliación, la violencia cultural, o los conflictos intratables y constructivos.

Mediante la red Transcend, o la Red Gernika de Apoyo a Procesos de Reconciliación, iniciamos una serie de trabajos aplicados que florecieron, principalmente, cuando fundamos la Consejería Departamental de Paz en el Caquetá, ese departamento colombiano del tamaño de lo que fue Vietnam del Sur.

En aquellos momentos, el gobierno colombiano y la guerrilla marxista-leninista entablaban conversaciones infructuosas de paz en un área desmilitarizada de 42 mil kms² donde la población se veía sometida a intensas presiones, desgracias y esperanzas.

Esa experiencia, tan enriquecedora como traumática, dio paso a múltiples reflexiones teóricas y prácticas en las que también intervinieron Juan Gutiérrez, desde el País Vasco, y Eduard Vinyamata, desde Catalunya.

De tal modo, cuando fundamos la Escuela Colombiana de Alto Gobierno junto a Hernando Roa Suárez, fue posible emprender tareas de acompañamiento sobre tratamiento de conflictos en varias regiones de Colombia.

Tareas que se nutrían de la experiencia que habíamos acumulado en la misión de observación internacional de la OEA para las elecciones presidenciales en Nicaragua, cuando fue necesario asistir a complejas negociaciones locales y microlocales para garantizar la transición de la revolución sandinista a la democracia liberal.

Experiencia que luego se fortalecería cuando, al fragor de la primera posguerra fría, resulté elegido para dirigir el Consejo Latinoamericano para la Paz, con sede en Guatemala, que tanto significado intelectual tuvo para la normalización de la democracia en el área.

En otras palabras, la diversidad cultural, el cúmulo histórico de violencia política, y las teorías evolutivas sobre las crisis y los conflictos fueron dando paso a reflexiones académicas compartidas con muchos gestores de paz, estudiantes universitarios y transformadores de conflictos, todo ello en el marco de difíciles condiciones y bajo frecuente hostilidad que siempre se agudiza cuando tales reflexiones pasan de los anaqueles de la bibliotecas a ser ventiladas abiertamente en los medios de comunicación.

Así que los escenarios propios de nuestras sociedades fragmentadas, los contextos regionales multipolares, y los ambientes académicos permeables, democráticos y abiertos a variopintas interpretaciones de la realidad, fueron conjugándose en los textos que ahora aparecen en este volumen del Claustro Rosarista.

Claustro que con sus ejercicios de simulación, investigaciones, y títulos propios, se ha convertido en un verdadero laboratorio de conflictos políticos y sociales, productor de metodologías alternativas para la comprensión y el manejo de las cuestiones humanitarias y las controversias transculturales.

En definitiva, los estudios que ahora mismo estamos emprendiendo, y los que pueden verse en retrospectiva, permiten constatar que si algo define al sistema internacional actual es la noción de crisis permanente; y que si algo identifica al estudio de la paz es la noción de conflictos inconclusos.

Así que el ideal de intervenir (cuando es posible) esos conflictos mediante metodologías pacíficas (que van mucho más allá de la simple idea de la no violencia, o del pacifismo), hace parte de consideraciones estratégicas de fondo en las que, necesariamente conviven el derecho a la legítima defensa, el contraterrorismo y la mediación y prevención de la violencia.

Lejos de la ingenuidad, o el apaciguamiento, nuevos campos basados en la comprensión del fenómeno conflictivo desde una perspectiva multimodal se abren ahora para beneficio de las comunidades y del individuo: para protegerlos, claro, pero, sobre todo, para dotarlos de suficiente poder y capacidad, de tal modo que se logre repeler exitosamente a los perennes enemigos de la libertad.

Bogotá, Colombia, marzo de 2009

Las máscaras del terror*

El terrorismo político¹ en Colombia es el verdadero motor de la violencia social. Es el amplio espectro que se inicia donde termina la delincuencia común, y ni siquiera se agota donde algunos quisieran identificar una insurgencia. En la delincuencia común es posible hallar “actos de terror”, pero no puede hablarse de terrorismo político. En la estrategia de los grupos subversivos el terrorismo ocupa un papel activo de vital importancia. Pero una guerra prolongada, aunque contenga como elemento principal el terrorismo, no siempre convierte en “terroristas” a quienes la libran. Los rebeldes, combatientes, beligerantes, tienen su propio status. No obstante, el terrorismo sigue siendo el principal componente estratégico, a diferencia de lo que sucede en una guerra convencional entre países, donde se volvería a encontrar “actos de terror” pero no terrorismo.

Y así como ha vivido también un cierto terrorismo promovido por los gobiernos, generalmente, en el marco de los distintos modelos de contra-insurgencia.

* *Revista Javeriana*, Tomo 112, N. 560, nov-dic 1989.

¹ De acuerdo con Grant Wardlaw (1986). Terrorismo político. Teoría, táctica y contramedidas, Ediciones Ejército, Madrid 1986, p. 56, en este trabajo se entenderá por terrorismo político “... el uso preprogramado, o la amenaza de uso, de la violencia por parte de un individuo o grupo, contra individuos o grupos no combatientes, lo mismo si actúa a favor como en contra de la autoridad establecida, clandestina o abiertamente, cuando esa acción pretende crear una angustia extremada, destrucción y/o efectos inductores de miedo sobre un grupo seleccionado y mayor que el de las víctimas inmediatas, con el propósito de imponer u obligar a este grupo a que acceda a las demandas políticas de los perpetradores”.

De tal forma, y dejando de lado la polémica jurídica que indaga exclusivamente por el “delito político”, es posible hallar en el país una amplia gama de terrorismo político que define, precisamente, la violencia política en Colombia, mucho más rica que la ejercida e identificada por los grupos guerrilleros.

En pocas palabras, lejos de que estas “múltiples formas de violencia” se proyecten en la perspectiva de una “anarquización” de la vida sociopolítica del país,² lo que se tiene es un modelo armado, un circuito mucho más sistematizado de lo que podía suponerse. En evolución acelerada e insospechada, sí; pero que aparece y funciona coherentemente, articuladamente, racionalmente, también. Que crea traumas y choques de alta tensión a la vida socio-política, es cierto. Pero los factores de poder y la composición de las decisiones en torno a la violencia política y el terrorismo por parte de los diferentes sectores que lo promueven, es un proceso estratégico bien calculado y pre-concebido que somete a duras presiones a la sociedad colombiana y que está lejos de una “anarquización”. Son modelos políticos lógicos que se debaten en medio de oleadas de sangre y crean confusión. Pero están más interconectados cada vez. Y eso les permite asegurarse una cierta “continuidad” institucional que a todos aquellos sectores conviene para proseguir con sus tácticas en pos de los objetivos señalados. La perspectiva que se construye, no es, pues, la de la anarquización, y aunque pareciera que es lo que se está viviendo, es posible encontrar más bien, una sistematización de la violencia y el terrorismo para una correspondiente sistematización de la vida política.

² En el estudio “Colombia: violencia y democracia” coordinado por Gonzalo Sánchez y editado por la Universidad Nacional (1987) se admite, pero no se particulariza y mucho menos se ahonda en la dimensión global del terrorismo político, cuando se afirma que “... hoy no se trata solamente de un cambio de naturaleza de la violencia política, sino además, de la inserción de ésta en un nuevo contexto, en el que co-existen otras modalidades tales como las derivadas del narcotráfico, con actores e interlocutores más o menos identificables, y las dificultades, y las difusas y amorfas asociadas a la delincuencia común y a la “violencia social” ... Estas múltiples formas de violencia se están retroalimentando y más violencias se están retroalimentando y superponiendo en forma tal, que su agudización se proyecta en la perspectiva, no de una eventual crisis insurreccional, sino de una anarquización generalizada de la vida social y política del país”. (P. 43)

El ambiente externo

El clima de terror no proviene exclusivamente de la dinámica interna del conflicto. Por el contrario, la realidad latinoamericana es rica en interacciones. En el marco del conflicto de baja intensidad, de la expansión revolucionaria, y de la consolidación de sus intereses, superpotencias y grandes grupos de particulares han moldeado en cierta forma los conflictos internos.

Podría hablarse de un terrorismo para la descomposición cuando grandes grupos de interés, con el fin de construir o consolidar sus redes financieras y de distribución de productos en una estructura ilícita de enriquecimiento y poder (narcotráfico) desarrollan actividades terroristas hacia el interior creando ejércitos particulares, contratando mercenarios y creando bandas de sicarios que descomponen el espíritu democrático al asegurarse mediante el genocidio el control político de áreas geográficas bien definidas económicamente, o mediante magnicidios y todo tipo de crímenes, con un alto rigor selectivo, y el control de ciertos procesos políticos (electorales, decisionales, etc.).

Cuando estas actividades criminales, que tienen su razón de ser, fundamentalmente, gracias a la red financiera internacional, no son reprimidas y los circuitos no son cortados desde el exterior que, para el caso de los narcóticos, registra el consumo, se crea un ambiente de promoción y permisividad que afecta directamente a la sociedad civil colombiana víctima de la cadena terrorista. Podría hablarse, entonces, de un terrorismo para la inestabilidad, generado desde los países industrializados occidentales (Estados Unidos y Europa) en un marco que es en realidad mucho más amplio en el que, al asociar tan sólo publicitariamente narcotráfico y guerrilla, se montan las bases para desarrollar paralela o simultáneamente acciones de contra-insurgencia para la contención del comunismo atentando en repetidas ocasiones contra los derechos humanos y, mediante la procreación de conflictos de baja intensidad, impedir la autodeterminación de los pueblos. Este marco más amplio podría denominarse, curiosamente, casi paradójicamente, terrorismo para la estabilización. Justamente la “estabilización” que requiere la política de seguridad occidental contra el comunismo o sus derivados históricos.

Se tendría, por último, un cierto terrorismo para la desestabilización, o sea, aquel que en el marco de la degeneración del conflicto Este-Oeste, o de sus derivaciones hacia la agresión Sur, se presenta cuando grupos irregulares

(subversivos o no), marxistas-leninistas, o nacionalistas, reciben apoyo, entrenamiento y protección por Estados promotores del terrorismo revolucionario regional. Cuba y Nicaragua, por ejemplo, han incidido directamente, en el conflicto interno salvadoreño, guatemalteco, colombiano. Y en todos los casos ha habido secuestros, toma de rehenes y violación de los derechos humanos. Tan sólo como parte de una estrategia revolucionaria (subversiva) más amplia, o como razón de ser de las agrupaciones, este terrorismo también ha sido alimentado desde el exterior.

El ambiente interno

Los gobiernos en Colombia han tendido siempre a neutralizar o contener las disidencias. El sistema político colombiano ha permanecido imperturbable en una incierta democracia aparente. En ocasiones, esta tendencia se ha visto obligada a transformarse y ante el avance de la oposición armada, o con el fin de reprimir la simple protesta social o las acciones contrarias al régimen promovidas por movimientos populares o asociaciones cívicas, se ha desatado un terrorismo de normalización destinado a eliminar sistemáticamente las voces y fuerzas de la oposición (comunista, antisistémica). Al fin y al cabo, tradicionalmente, la oposición de extrema derecha en Colombia se ha definido más bien por fortalecer el régimen y combatir a las disidencias, que por transformarlo. En ese sentido, la extrema derecha ha generado su propio esquema terrorista desde un extremismo prosistémico (es decir, proclive al sistema político imperante), a diferencia del progresismo transformacional (J. E. Gaitán, por ejemplo) o del extremismo anti-sistémico de las guerrillas no nacionalistas (FARC, ELN, EPL).

Por otra parte, y aprovechando la fragilidad y corrupción gubernamentales, los particulares y grupos de interés basados en el enriquecimiento ilícito o todo tipo de actividades ilegales con descomunales rendimientos económicos (narcotráfico) han encontrado terreno abonado para crear un circuito empresarial y financiero, una notable tenencia de tierras y un dominio creciente sobre las alcaldías que están directamente relacionadas con esas tierras, o sus frentes de operación. Este complejo proceso político dispone de altísimos recursos financieros, alta tecnología de armamento, grupos criminales urbanos y rurales,

entrenamiento militar dirigido por mercenarios altamente especializados y movimientos políticos “sanguíneos”, emocionales que sostienen un aparato que artificialmente ha construido una estabilidad que, en apariencia, el Estado había negado o no había podido diligenciar. Este, pues, podría denominarse “terrorismo de presión”.

Y, como terrorismo de alteración, podría conocerse aquel que, globalmente, está siendo patrocinado por grupos político-militares disidentes, nacionalistas (M-19), marxistas-leninistas (FARC), etc. Es probable que nuevos grupos como JEGA (Jorge Eliécer Gaitán) puedan ser calificados como “terroristas” puros, aunque revolucionarios. Asimismo, grupos político-militares como FARC se ven comprometidos en actos de guerra y también en actos terroristas. En otras palabras, las normas del derecho internacional humanitario que se invocan para reconocer su estado de beligerancia, de combatientes, también condenan y rechazan el secuestro, la toma de rehenes y otras violaciones. Este es el caso del empleo del terrorismo como parte de la estrategia subversiva. Y así como no puede hablarse de un “régimen de terror” en Colombia, y tampoco puede afirmarse que subversión es igual a terrorismo, todos los sectores han incurrido en actos que, más por su contenido sociológico y sus dimensiones, que por su naturaleza jurídica, pueden ser calificados como “terrorismo político”.

Terrorismo de normalización

A este tipo de terrorismo corresponde, en primer término, el terrorismo oficial, es decir, el patrocinado directamente por ciertos gobiernos con el fin de obtener ventajas relativas frente a la disidencia armada o popular. Torturas, persecución, desaparición. Luego, se tendría un terrorismo para-oficial, es decir, el que promueven o alientan ciertos mandos altos o medios de las Fuerzas Armadas (pero sin comprometer en ello, necesariamente, al gobierno en su totalidad) organizando y articulando bandas o grupos en la clandestinidad para librar la lucha contra la disidencia.

Después, el terrorismo pseudo-oficial, desarrollado por elementos de las Fuerzas Armadas con el consentimiento tácito de ciertas cúpulas militares regionales, que atentan contra distintas fuerzas políticas a personalidades, enajenadas, alienadas por una doctrina o marco ideológico (anticomunista, antidemocrático, etc.) impartido como el único marco patriótico y oficial en defensa del

orden instituido y que recientemente en Colombia podría haberse tornado “anti-izquierdista”, trátase de líderes cívicos, activistas, amnistiados, etc.

Terrorismo de presión

En primer término, este terrorismo patrocinado por particulares y grupos de interés, no es una exclusividad del narcotráfico. Otras fuerzas han entrado a definirlo, sobre todo teniendo como origen a las autodefensas. Algunos grupos de autodefensa nacieron como respuesta a la agresión de los grupos subversivos o de delincuentes comunes. Muchos de ellos, con el apoyo económico del narcotráfico, derivaron en grupos con estructura paramilitar. Otros no. Pero de estos últimos, algunos desaparecieron y otros se han visto obligados a entrar a la ofensiva, en una cierta cadena terrorista que, casi inevitablemente, tiende a caer en la estructura paramilitar. Y aún por fuera de esta estructura o de la de la autodefensa, lo que marca al terrorismo de presión es el juego de intereses. Y tantos y tan variados como hay en el ambiente político, así mismo la dinámica de la violencia se enriquece. Es la forma de “hacer justicia” por fuera de unos mecanismos legales e institucionales, cada vez más anquilosados y ridiculizados. Aparece, pues, el terrorismo prosistémico, o sea, aquel que, como ya se había visto, se forma a través de los grupos de autodefensa, al fin y al cabo, promovidos legalmente por el Estado con el fin de buscar el máximo apoyo en circunstancias de alteración del orden.

Luego, el terrorismo sectorial, o aquel que se forma mediante bandas de sicarios para proteger unos intereses específicos de tipo económico y político (tierras, plantaciones, alcaldías), y así, en el caso del narcotráfico, asegurar la continuidad y estabilidad del proceso, además con el apoyo de ciertas colectividades ansiosas de encontrar un “corpus” ideológico y político que les permita vivir con seguridad y la ilusión de la prosperidad.

Surge, pues, la necesidad de articular el proceso interno con el que se da a nivel exterior. Líneas de abastecimiento en uno y otro sentido; alta tecnología; mercenarios. Es el terrorismo sectorial – transnacional, que se forma, mediante conexiones internacionales, e incluso, con gobiernos (como el caso de Panamá y sus sectores gubernamentales marcados por la corrupción) y para instituciones y firmas privadas.

Al final, el mayor o menor apoyo relativo de ciertos sectores cívicos o políticos a unos u otros bloques antagónicos (subversión vs. narcotráfico, narcotráfico vs. agentes del sistema, etc.) genera un estado de enfrentamiento político que se despeja, precisamente, mediante el terrorismo, entre aquellos sectores políticos que expresan sus opiniones y las hacen circular, aún a sabiendas de que hay organizaciones armadas que pueden eliminar físicamente al portavoz. Muchos líderes liberales, por ejemplo, han muerto baleados por el extremismo armado comunista. De igual manera, detrás de muchos voceros, aparentemente democráticos, hay en realidad una estructura terrorista altamente especializada. Y aunque no la haya, el “sentimiento” que en el ideo-sistema de uno u otro sector genera el crimen, la venganza, el escarmiento o la retaliación, da lugar a una carrera terrorista sin fin. Este es el terrorismo de facción.

Terrorismo de alteración

En primer término, se tiene un terrorismo revolucionario, o sea el que se produce cuando en el marco de la guerra subversiva y prolongada se violan los derechos humanos fundamentales y las reglas del Derecho Internacional Humanitario, afectando directamente la población civil, no combatiente, y rompiendo los auténticos lazos de solidaridad democrática de la población civil, perdiendo incluso, la posibilidad de cualquier clase de apoyo a la causa revolucionaria, y arrastrando más bien a la población a sentimientos de hostilidad, abriendo así el camino para las represalias inspiradas en una legítima defensa.

Luego se podría considerar un terrorismo sub-revolucionario, o sea aquel que se presenta cuando la guerra subversiva pierde su carácter y queda reducida a un solo objetivo táctico que, no obstante fundarse en motivos aparentemente legítimos, atenta directamente contra la comunidad, como en el caso de la voladura de oleoductos, la dependencia de ingresos del narcotráfico (cuando se ha podido comprobar la total entrega de ciertas agrupaciones guerrilleras al cultivo de coca) generando así en las comunidades afectadas un sistema de valores completamente anacrónicos desfasado de la realidad nacional, con base en el terror y la represión.

Y, finalmente, el terrorismo pseudo-revolucionario, o el que pretendiendo librar una guerra de “liberación nacional” adelantan ciertos grupos voluntaristas

y aventureros en el marco de lo que podría llamarse un “delirio revolucionario” (Jega, Orp, Ricardo Franco –Tacueyó–).

Terrorismo marginal y conexiones de todo tipo

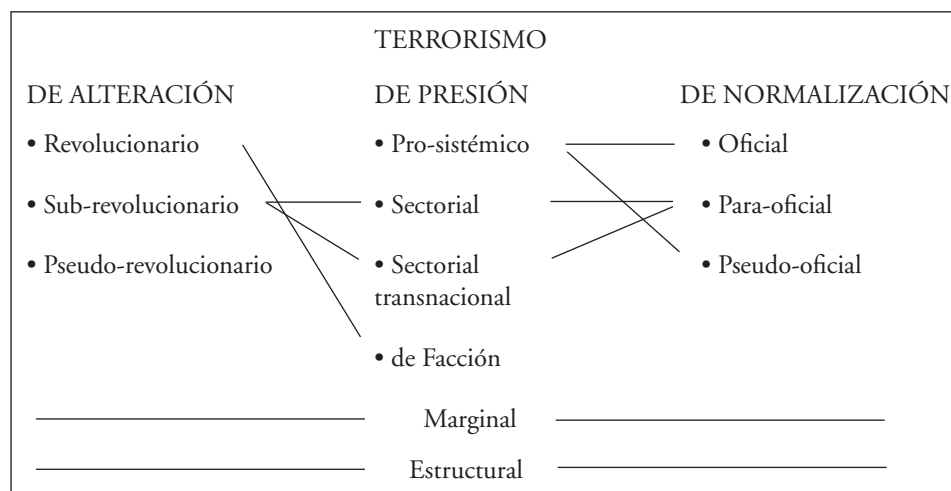
Pero todo este panorama no funciona desarticuladamente. El terrorismo marginal aparece fugazmente entre unas y otras tendencias como el que se promueve para derivar provecho particular (grupal), desviando la atención de la opinión o desorientándola, con el fin de que el grupo ejecutor de este o aquel acto terrorista no aparezca para nada comprometido en un proceso de violencia; o para propiciar, con el fin de obtener ventajas durante este proceso, enfrentamientos entre distintos sectores o bandos adoptando una neutralidad que no existe, o convirtiéndose en falso garante de treguas que jamás prosperarán. Por supuesto, el terrorismo marginal no tiene agentes exclusivos. Es una versión inmedatista, oportunista, de todas las demás modalidades presentadas.

Quedaría claro, en todo caso, que estas modalidades de terrorismo político en Colombia, se superponen, y cruzan acelerada y cotidianamente. El cuadro 1 revelaría algunas de estas aproximaciones que son el reflejo de la realidad política de la violencia.

Terrorismo estructural

¿Es posible la pacificación? Dos hechos muy graves impiden tener confianza en que el gobierno del presidente Barco pueda desarrollar un esquema de paz que vaya más allá del que pre-programadamente montó con el M-19. Por un lado, destina sus esfuerzos a la “rehabilitación” que es un intento matemático (plan de paz del gobierno) destinado a un solo grupo, con efectos desordenados sobre la comunidad, en tanto que deja en manos de fuerzas siniestras (terroristas), a las que promueve, la labor de contención de la insurgencia. El terrorismo oficial y para-oficial es inadmisible en cualquier régimen democrático. Los demás pueden ser inevitables, si se quiere. Pero no puede haber más que un continuo desbordamiento de la violencia y un caos irrefrenable, cuando los gobiernos, en aras de lograr ciertas victorias supuestamente patrióticas, ignoran la ley y emprenden actividades que atentan contra los derechos de las comunidades. El engendro crece de tal forma que luego, cuando se reacciona, es bastante tarde.

Cuadro 1. Conexiones entre los diferentes tipos de terrorismo político en Colombia



Y, por otro lado, aparece la corrupción generalizada, que ha llevado a manejar el problema del narcotráfico en un esquema al que podríamos llamar de contención comprometida; se trata de contenerlo, pero permitiendo que las estructuras del Gobierno, del Congreso, de la justicia sean permeables a los grandes negociados y a los jugosos dividendos. Si bien es cierto que el problema del narcotráfico sólo dejará de ser un asunto de seguridad nacional cuando los países industrializados de Europa y los Estados Unidos resuelvan penetrar el circuito financiero que lo sustenta, también es cierto que si la corrupción no se diera generalizada como se está dando, se podría pensar en un modelo de contención real del narcotráfico que si bien no fuese una eliminación, pues de Colombia sola no depende, sí hubiese podido ser de refrenamiento directo a todo el accionar terrorista que él conlleva y contiene.

En resumen: el entorno de *terrorismo estructural* como se podría llamar al que domina actualmente la realidad nacional, tiene su inicio en ese ambiente de permisividad y corrupción que el Gobierno actual no ha podido eliminar y que ha hecho florecer impunemente a pesar de las grandes ofensivas que se han montado para, a la postre, inducir a una nueva y dolorosa frustración más a la nación.

Los textos que conforman este volumen iluminan muchas conexiones entre el desarrollo local y el global y su manera de afectar algunos conflictos específicos. Vicente Torrijos le otorga particular atención al complejo conflicto dominante en Colombia, con sus características especiales, su geografía, su demografía y su cultura particular.

Cuidadosamente, él examina las tendencias mundiales y cómo este conflicto se relaciona con una seguridad internacional extremadamente desafiante que opera en contextos cambiantes. En esta labor, Torrijos traza ciertos lineamientos acerca de las vías, mecanismos y fórmulas para entender, abordar y hasta emprender conflictos de manera constructiva ... en vez de hacerlo de manera destructiva.

Louis Kriesberg



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario - 1633

